

á esta primera CAMPAÑA cuyos resultados han sido satisfactorios; la segunda será probablemente en Agosto.

Las implacables fiebres se apoderaron desde mediados de marzo del jefe de la expedición, Sr. Barón Arciniegas, á cuyo celo y actividad se debe el éxito obtenido en los dos meses de verano, secundado eficazmente por su hijo Jacobo.

Termino dando las gracias á los compañeros de trabajo y á los dueños de hatos ó de vegas por el interés que han tomado en ayudarme. A la lista enumerada en el informe anterior de los que me han aliviado con su hospitalidad las penalidades de la CAMPAÑA tengo que agregar á los Srs. Rubén Vázquez, Luis Bateman, Cenón Rodríguez, Agustín Vázquez, Demetrio Umaña, y muy especialmente á la Sra. Mercedes Arciniegas de Gómez. A la lista de compañeros de trabajo tengo que agregar á los Srs. Plutarco Rozo, Angel María Ramírez, Primitivo Prieto y Tobías Jara.

Aun cuando se cae de su peso que día por día aumenta mi deuda de gratitud hacia «Eco de Oriente» por la propaganda en favor de la PARTICION DE APIAY, no quiero dejar de hacer presente á sus lectores mi agradecimiento por la benévola acogida que le dispensa á mis trabajos y de llamarles la atención á la benéfica obra que está realizando este periódico imponiéndole una pesada carga á su infatigable Director.

Especial manifestación de agradecimiento les debo á los Señores que fiados en mi palabra se han hecho cargo de abrir trochas á cambio de una promesa de entrega de tierra. Sin esa confianza no hubiera podido hacer casi nada; pues, el dinero recogido por suscripción fué insignificante. Sus nombres

figurarán, pues, en primera línea entre los colaboradores de la PARTICION DE APIAY.

SERGIO CONVERS C.

AHORRAR ES PRIVARSE

Hacia Villavicencio

La capital de la Intendencia Nacional del Meta, está situada en el límite preciso entre la cordillera y el Llano, al pie de la serranía de Buenavista—último contrafuerte de los Andes—y en la orilla derecha del río Guatiquila.

El camino que la une á Bogotá es en general bueno y de fácil adaptación para carretera. De Quito en adelante, sigue la banda izquierda del Río Negro, por parajes en donde las penas desnudas alternan con las hondonadas de feraz vegetación por las que pasan tumultuosas corrientes de agua que torman a cada paso espléndidas cascadas, en cantidad tal que el viajero apenas ha dejado de escuchar el ruido de una, cuando el viento cargado de aromas trae a sus oídos el estruendo que preludia la vecindad de otras cada vez más hermosas. Árboles membrudos extienden sobre la vía sus ramas florecidas y los toches que suben de las vecinas vegas vestidas de naranjos, plataneras y cañaverales, sueltan sus lenguas con la orquestación de la naturaleza tropical.

Después de atravesar las quebradas de Naranjal, Mercedita y Perdices, y tocar en los pintorescos sitios de Monterredondo y Guayabetal, llega el viajero a un lugar donde el contraste no puede ser más intenso: a un lado la confluencia del Río Negro con el Río Blanco, en cuyas vegas la agricultura se engalana con los frutos

más tupida, lozana y floreciente, por ser aquella la parte más hollada y más nutrida por el abono con que la próspera naturaleza ha dispuesto que los animales restituyan á la tierra los elementos de la vida.

La llanura interrumpida únicamente por pequeñas eminencias, estaba cubierta por un inmenso y alegre tapiz de fondo verde—azulado y claro, formado por las gramas, y lucía labores de plata y oro con que lo recamaban el trébol y la chisaca en primavera y lujosa florescencia.

Algunos árboles, esparcidos en desorden, ofrecían su sombra á los huéspedes de la dehesa.

Cerrábalas por uno de sus costados el río, que á la sazón estaba desbordado y se enseñaban en los sitios más bajos de sus márgenes. Por la citerior corría una hilera de sauces que, fornidos y poderosos, como árboles que crecen al borde de las aguas, habían vencido con su peso á la

de la zona tórrida y la tierra la brantía a la voz del trabajo múltiplica la simiente mientras a la izquierda, por entre barrancas de raquílica vegetación, ramonea una que otra cabra, que de repente huye asustada ante las cuencas vacías de las calaveras que allí blanquean, restos del festín sangriento de San Miguel, donde se oyeron los postreros disparos de la revolución en 1902. La naturaleza desolada, parece no conformarse aún; después de tantos años de aquella degollina entre hermanos, en donde infelices labriegos, improvisados de guerrilleros, dejaron sus vidas en las puntas de las bayonetas. Una inmensa tristeza fluye del ambiente y hace pensar en los dolores de la patria.

Dejando atrás la cascada de Chirajara, famosa por su «guaca» y sus leyendas, y descrita en página brillante por monsieur André, se llega al río Susumuco, que marca límites entre Cundinamarca y la Intendencia. Se pasa todavía la quebrada de Pipirál y bordeando la cordillera, se llega a la cumbre de Buenavista, posada obligada de quien quiera contemplar el espectáculo de la salida del sol en el Llano.

Algo sin igual es el orto visto desde aquel mirador natural en las mañanas de verano. El Guatiquila, por entre pajonales amarillos, serpea lento hasta perderse en los mares de niebla que se divisan en el último recodo del horizonte. El vaho de la llanura infinita se levanta perezoso, y en el confín remoto, donde el Llano y el cielo se abrazan, se ve un suave cabrilleo de luz que colora las nubes con diversos matices; a cada instante la suntuosa decoración del cielo cambia; de repente grandes cejas de luz rojiza, que brillan un mo-

tierra que los sustentaba y se inclinaban atrevidamente sobre el río.

Por entre su ramaje, se veía rechispear inquieta la luz del sol, reverberando en las ondas menudas y movilizadas que el viento levantaba.

Espectáculo lastimoso y tristes reflexiones

Mientras estuve en esta hacienda, tuve ocasión de ver caballos desempeñando una de las tareas más penosas á que los hombres han podido sujetar á mis semejantes. Había una máquina, no sé si de aventar trigo ó de trillar, á la que se daba movimiento por medio de un mecanismo que, más bien que para un fin industrial, parecía inventado para castigar y martirizar á los infelices animales. El caballo, encerrado en un recinto de que no puede salir, se ve forzado á dar eternamente un paso sobre una tabla que haya con el peso de la bestia; ésta da otro paso sobre una nueva tabla que se

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE» 46

EL MORO

Por José Manuel Marroquín
Autobiografía de un potro sabanero.

CAPITULO XIV

En un potrero

La estancia en la hacienda término del viaje, fué para mí deleitable, pues nada deseaba yo tanto después del largo encierro en las pesebreras como esparcirme á mis anchas en un potrero. Felizmente aquel en que me hospedaron era de los mejores de la Sabana.

Cuando, rebasando del grupo de cerezos y nogales que le servía como de portada, pude dominar la extensión del potrero, se me ensanchó el ánimo y la vista se me regocijó. Hacia la entrada, la hierba estaba